

**Vincenzo Trombetta, *Storia e cultura delle biblioteche napoletane. Librerie private, istituzioni francese borboniche, strutture postunitarie, Napoli, Vivarium, 2002, 704 págs.***

**Giuseppina Zappella (Biblioteca Universitaria de Nápoles)**

[Reseña]

El libro, publicado por el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici en la colección «Crisopoli», reconstruye la compleja evolución del sistema bibliotecario desde finales del XVII hasta los inicios del XIX, valiéndose de una documentación excepcional e inédita conservada en archivos y bibliotecas de toda Italia. El trabajo de Trombetta se organiza en tres secciones. La primera, que examina las instituciones del Antiguo Régimen, incluye: la Librería de Sant'Angelo a Nido, primera biblioteca pública abierta a finales del Seiscientos, cuya creación se remonta al cardenal Francesco Maria Brancaccio, figura relevante de la jerarquía eclesiástica romana, una biblioteca dotada, desde 1744, de un reglamento de impresión y en 1750 de un catálogo; la Biblioteca de Vincenzo Ferdinando Spinelli, príncipe de Tarsia, que la quiso rica y fastuosa en su residencia, proyectada por el célebre arquitecto Sanfelice, junto a un gabinete de máquinas científicas y a una academia frecuentada por los más nobles ingenios de la cultura napolitana; la Biblioteca Real que Carlos de Borbón, asentado en el trono partenopeo, hizo transportar desde Parma junto a los inestimables tesoros de la casa Farnese. La biblioteca, alojada durante muchos años en el casino de Capodimonte, aumentada con libros procedentes de los colegios jesuíticos y transferida después al palacio de los Regi Studi (hoy Museo Nacional), no se inauguró hasta el trece de enero de 1804 con un notable retraso debido, en parte, a los problemas surgidos con la proclamación de la República en 1799.

La segunda sección está dedicada al breve pero intenso periodo francés. En esa década se opera una transformación radical de la red bibliotecaria civil: la supresión de las órdenes religiosas permite al nuevo gobierno disponer de una ingente cantidad de librerías monásticas y conventuales destinadas no solo al incremento de las bibliotecas mayores sino también a la apertura de nuevos centros librarios, como la Biblioteca de los Regi Studi, precedente de la actual Biblioteca Universitaria della Croce, reservada en su día a la educación exclusiva de los príncipes muratianos. La política de bienes librarios, promovida por los napoleónicos, encuentra su más alta expresión en la creación de la Biblioteca Gioacchina, fundada con la adquisición de las valiosas colecciones de Francesco Taccone y Francesco Orlando, destinada a ilustrar la historia y la cultura del reino de Nápoles por el procedimiento de reunir monedas, medallas, manuscritos y libros impresos según un modelo derivado de la estructura organizativa de la Biblioteca Imperial de París. Tal política, con todo, no excluía el restablecimiento de aquellas librerías de antigua tradición gestionadas por religiosos. Poco conocido, de hecho, es el proyecto de apertura al uso público de la Librería de los Padres Filipinos del Oratorio que, en los primeros años del siglo XVIII, habían contraído una deuda de catorce mil ducados para poder incautarse, gracias a la competente intervención de Giambattista Vico, de la famosa biblioteca del abogado Giuseppe Valletta.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 33 (abril-junio, 2003)

El regreso de los Borbones marca una precisa restructuración del sistema implantado por los franceses con la conclusión de la Gioacchina -ilustración de un nuevo concepto de «polibibliotecario»-, inevitablemente desmembrada entre la Biblioteca Real y la de los Regi Studi. En los años veinte y treinta del Ochocientos, en contradicción con las opiniones más extendidas, se constata la proliferación de los trabajos catalográficos (catálogo de los manuscritos griegos y latinos y de los incunables de la biblioteca borbónica), de una apreciable inversión de recursos financieros para el incremento y la actualización de la Biblioteca dei Regi Studi (recuérdese la compra de la colección de Bernardo Quaranta, famoso anticuario), de una notable expansión de las librerías especializadas (académicas, militares, hospitalicias) y de bibliotecas municipales en las restantes regiones del reino. De hecho, Trombetta dedica un capítulo entero de esta sección a las sicilianas, cuya historia no puede abordarse correctamente al margen de la de las bibliotecas peninsulares. Y menos tras las sublevaciones de 1848, cuya dura represión no podía dejar de repercutir también sobre aquellas instituciones culturales en cuyo seno anidaban ideas liberales antiborbónicas. El fraccionamiento de la Palatina, donada por la monarquía saboyarda tras la Unificación, crea las bases concretas de la Biblioteca de San Giacomo, primera biblioteca vespertina de la ciudad. Pero es en la segunda mitad del Ochocientos cuando se retoma con fuerza el desarrollo de las bibliotecas napolitanas. La Lucchesi Palli, la Provincial, la Magistral, la de San Martino, la Municipal, después integrada en la llamada de Storia Patria, responden cada vez mejor a las exigencias de una cultura dispersa y especializada que alcanza a todos los estamentos sociales gracias a la lenta pero progresiva disminución del índice de analfabetismo. No quedan sin referencia -en todo el territorio de la Campania- las bibliotecas, por así decir, menores, esto es, las privadas, religiosas, escolares, de círculos sociales concretos (baste citar la importantísima del Circolo Folologico con una carta inédita de Benedetto Croce), de entidades profesionales, asociaciones gremiales y círculos de amigos, o las vinculadas a laboratorios y gabinetes científicos del Ateneo que De Sanctis, con su reforma, se esfuerza por modernizar y adecuar a los estándares más avanzados.

El volumen de Trombetta reconstruye, gracias a una investigación sólida y cerrada, una densa página de historia de la cultura partenopea: el análisis de los proyectos bibliográficos y de las propuestas de clasificación, la lectura de memorias, catálogos e inventarios -tanto impresos como manuscritos- la descripción de los reglamentos, la narración de las circunstancias personales de bibliófilos y bibliotecarios, el estudio de los repertorios y, más en general, de la literatura profesional suponen solo una parte del empeño del estudioso que ha sido capaz, con el rigor necesario, de entrelazar esas fuentes con las directrices políticas y administrativas de los diversos gobiernos, con las tendencias de las elites intelectuales, con la producción y circulación editorial, con las formas del disfrute y del coleccionismo.

La historia recreada en más de setecientas páginas (incluye un apéndice documental, un cómodo repertorio de bibliotecas y un índice de nombres) no puede definirse ciertamente como una relación «magnífica y progresiva»; es, sobre todo, una historia de incertidumbres, de fracasos, de dispersiones, de contradicciones, pero también de pasiones, de donaciones generosas y de progreso civil.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 33 (abril-junio, 2003)